

# LA NOCHE SIN DIOS

Por: Gonzalo Bueno

A la hacienda íbamos, la familia entera, toda la temporada de vacaciones; durante el resto del año, mi padre y mis hermanos mayores eran los que atendían su manejo, aunque yo no desaprovechaba la ocasión -si mamá consentía- de irme también todas las ocasiones posibles, y gozar con todos mis sentidos del campo y el horizonte- allí es donde empecé justamente a amar los libros del colegio, fuera de las obligaciones tediosas, un poco más suelto que en la vida de la ciudad. Esto era cuando todavía mi familia conservaba la propiedad, en mi adolescencia, por esto será que nunca - a través del tiempo- me he olvidado de La Esperanza y de los escondidos encantos que para mí contuvo. Después, malos negocios de mi padre, alternativas políticas en que su posición de irreductible liberal, manteniéndola incólume y luchando por la causa, abrió mella sin embargo en la situación material de la familia, hizo que perdiéramos la hacienda, volvió dura toda una época; y en mí, singularmente, creó el primer desconcierto y una de las penas más hondas de mi existencia.

Yo me sentía, en verdad, transfigurado en La Esperanza. Mis dieciseis años se agitaban gozosos, paladeando la belleza de todos los caminos -vacíos, abiertos- bebiéndose los horizontes, aprehendiendo en mis retinas la fugitiva luz de los atardeceres. Ha de ser de esto, de tan lejos, que data mi invencible rareza de vagabundear sólo, porque es la única forma en que me he sentido libre en un mundo de esclavos. Además, y por sobre todo, mis días en la hacienda me alejaban siquiera momentáneamente de todas las obligaciones de mi edad, el colegio, los estudios, la sujeción a casa, el dominio de papá y de mis hermanos mayores. En La Esperanza me dejaban errar casi todas las horas, podía madrugar y salir, irme sobre mi Azul a perderme en cualquier pueblo olvidado y vetusto; conocer la caricia recia del viento sobre mi semblante, ver anunciarse la primera estrella en el firmamento.

Ah ¡cómo me acuerdo aún del Azul! Era un potro que me regaló mi padre en uno de mis cumpleaños. Tenía la crin y la cola blancas, y una mancha -blanca asimismo- a lo largo de la cara: El fue, ciertamente, el compañero más íntimo, más querido; el amigo fiel de mi adolescencia. El Azul supo de los divagares de mi imaginación soñando cosas, cuando nos perdíamos -él y yo- únicamente- por algún sendero bordeado de árboles heridos y centenarios; vagando a la luz indecisa del crepúsculo; pero supo también de esas horas de fiebre que me consumían, con prima María de los Angeles en la hacienda, cuando nos amábamos. Y de esa bárbara pero hermosa sensación de fuga, de eternidad que me invadía cuando, apretando los ijares de mi caballo, le ponía loco a galopar hasta donde alcanzaban mis fuerzas, ya que en su dominio yo veía destacarse la pujanza de mis años jóvenes, y sobre todo -poniéndonos a correr los dos- me parecía dejar atrás, muy atrás todo lo que sujetaba mi edad todo ese tiempo, todas las imposiciones a que me veía sometido en la ciudad; esa serie de cosas que, prohibiéndome, me cohibían. Todavía me parece ver, por ejemplo, el largo trecho, bordeado de palmeras que se movían majestuosamente al viento, de la entrada a la hacienda; cuando -ya de regreso de mis paseos- ponía nuevamente a correr el Azul, galopaba otra vez sin tregua el trayecto y entraba por fin, como una tromba, al patio viejo y polvoriento de la propiedad. Corriendo, galopando por los campos en mi Azul, yo me sentía libre y fuerte, con una fuerza vital que me crecía desde adentro, que me exaltaba el ánimo y volvía como endurecida mi mirada, retando a los horizontes también. Nada ni nadie me atemorizaban entonces. No oía el eterno sonsonete con que controlaban todos mis pasos en la ciudad "Arturo, no puedes hacer esto, no está bien"; "No debes hacer esto otro, es perjudicial".... "Arturo, tienes que mantener en alto la estirpe de nuestro apellido, mostrarte estudioso y serio..." "Cuando galopaba, libres y solos los dos, en el Azul, esas voces ancestrales que me prescribían obediencia y sumisión quedaban lejos, eran únicamente ecos sordos y lejanos de los prejuicios de mi familia, de la sociedad. En el cansancio físico, después de galopar, mi adolescencia se estiraba en una especie de colmada voluptuosidad.

Otras veces, el Azul era mi fidelísimo cómplice. Siempre que me enardecía el cuerpo ese no sé qué que hacía palpar mis sienas y poner tumultuosa la sangre. Tomaba mi caballo y me iba a parar donde papá Benjamín. Este era un indio viejo de la hacienda, que vivía cerca de la rinconada, rodeado de sus nietas, la mayor de las cuales tenía mi misma edad. Muchas tardes, pretextando que le necesitaban de la casa de la hacienda, alejaba de esta manera a papá Benjamín de su pieza y salía con la chica a perderme en cualquier recodo. Pegado a ella, prolongando las caricias por largos momentos con fricción, cómo me enervaba el áspero contacto de su piel. No supe con ella -yo estaba destinado a descubrir el

## LA NOCHE SIN DIOS

paraíso con prima María de los Angeles- el deleite de la culminación; pero mis manos aprendieron la forma perfecta de acariciar y a conocer además el supremo gozo del tacto, mientras los primeros fulgores de las estrellas, en esas tardes límpidas de verano, se iban mostrando con intensidad. A lo lejos, cada vez que entreabría mis ojos del deleite, veía perfilarse en el camino, a la luz de cualquier lucero, la arrogante silueta del Azul, esperándome.

Alguna que otra vez en el año, pero sobre todo en los meses de vacaciones prima María de los Angeles nos acompañaba una temporada en la hacienda. Y no puedo, claro está, desvincular mi recuerdo de La Esperanza del de ella, de mi primera colmada experiencia de amor. Siempre que hago memoria de La Esperanza -que es como si algo me doliera adentro, una herida sin curarme acuerdo también la prima María de los Angeles, ambas ahora perdidas para mí. Aún me parece verla como entonces, alta y crecida ya como una mujer, guardando sin embargo el tesoro de sus dos trenzas rubias caídas sobre los hombros, los senos en flor, su boca que yo tan encendidamente había aprendido a besar. Nada más luminoso, más alegre en mis dieciséis años que la presencia de prima María de los Angeles y nuestros paseos y coloquios en La Esperanza, esos días claros e incomparables con su compañía, por fin los dos confundidos una tarde en el arrebató mutuo de nuestra pasión. Era como si se hubiesen hecho diarios los domingos en casa del abuelo, su sol. Allí en una de esas temporadas de vacaciones, conocimos los dos, en la frescura de nuestros cuerpos jóvenes, eso que los hombres habían dado en llamar el amor.

Hasta entonces sólo había sido las caricias un poco tímidas, inquietas, torpes; y luego la divina impudicia de su desnudez.

Fue una tarde -recuerdo- de fines del verano. La tierra ardía por la sequía y el sol nos golpeaba con rudeza en la cara. No hubo tampoco en esta ocasión tan única de mis dieciséis años nada de romántica exaltación, eso sí. Fue prosaico todo, tal vez; pero igual de prosaicos aunque maravillosos son la vida, el amor. Ni siquiera el escenario, no sé, era propicio para la poesía. En esa espera acuciante de la entrega, mi cuerpo, mis sentidos todos sólo vivían para la gran revelación, sin que el corazón, mi imaginación tampoco tuvieran parte en ella. Era la encendida curiosidad insatisfecha todavía, la ardencia de mis años jóvenes que no podía consumirse sino develando el secreto.

Mi familia se había ausentado por unas horas al pueblo vecino. Sólo quedamos prima María de los Angeles y yo en la hacienda. Paseamos largamente primero, yo en el Azul, ella en otro de los caballos de la propiedad, por esos estrechos y duros caminos de la parte alta, tan preferidos de mi padre, en el páramo. El viento impetuoso, cortante, nos hería sin cesar en el rostro; varias veces nos pusimos peligrosamente a galopar, como si quisiéramos con la emoción de la velocidad, acallar la gozosa inquietud de nuestros cuerpos, que nos llenaba igual a una alta y misteriosa marea. Cuando emprendimos el regreso, desmontamos al filo de la tarde y nos tendimos en la hierba suavísima y ondulada, que pronto sintió la apretura de nuestros cuerpos juntos, súbitamente aparejados, con cierta brusquedad dolorosa que no desterraba sin embargo esa ternura viril de la posesión, que es la única forma de amor completa. Otra vez sus labios, sus eternos labios fueron míos. Y aquel instante, por fin, descubrí que el cielo existía.

Poco después vendimos la hacienda. Malos negocios de mi papá, pero además sus intervenciones en política, que mermaron el capital de la familia -mi padre, en su lealtad partidista, era tan inflexible como su carácter- obligaron a que se desprendiese de La Esperanza. Todavía me duele, muy adentro de mí, su pérdida. En mi mente permanece, siempre más claro pese al tiempo, el recuerdo de esos días en que, por última vez, galopé en el Azul por los senderos preferidos de la hacienda, cuando el viento, ceñudo y fuerte asimismo, agitaba locamente mis cabellos, y yo quería seguir, seguir sin término mi galopar, aveniendo así mi amargura; irme lejos, no pensar siquiera en que La Esperanza dejaba de ser mía, en que esos campos y esas viejas estancias de la propiedad, donde yo había vivido y amado, iban a pasar a manos extrañas; que los ecos de mi adolescencia fueran a quedarse dormidos para siempre allí. Una y otra vez, con mi emoción dolorida, me despedí de las cosas que quedaban en La Esperanza. Yo, que nunca fui amargado y triste, porque jamás hice desde pequeño concesiones a la sensiblería, ya que la educación severa que me dió mi padre consiguió que guardara, en lo más profundo -sólo para mí- todos mis sentimientos;

## **LA NOCHE SIN DIOS**

esos días, sin embargo, en que estuve y ví por última ocasión la hacienda en que había transcurrido tantas inolvidables horas de mi mocedad, no sé, pero conturbaron extraña y profundamente mi corazón. Mis años jóvenes me dolián, por primera vez. Y justo a mi pena, el recuerdo fiel de prima María de los Angeles que -junto conmigo, allá en La Esperanza- me hizo conocer el amor, agitaba todo mi ser, ponía nuevamente en mi piel ese estremecimiento de las tardes de domingo en casa del abuelo, y aquel de esa tarde en la hacienda en que conocí en su cuerpo la felicidad. Cada recodo de La Esperanza me volvía a ella, y mis labios sentían el calor dulce de su boca cuando enardecido la besé.

Cómo me dolió -Dios, cómo me dolió!- decir mi último adiós al Azul-. Llovía en esa tarde, como ha llovido después, siempre, las tardes de todos mis pesares. Para qué dramatizar el hecho...Cuando, por vez postrera, abracé el cuello de mi compañero de adolescencia, odié en esos instantes a todos, a la humanidad, me dolió a mi mismo y odié incluso a mi padre, que había permitido que perdiera mi Azul. Y yo, que he llorado tan pocas veces en mi vida, quizá porque todos los dolores se me han empozado alma adentro; y quizá también porque he despreciado tanto a la gente que jamás les he consentido solazarse ni con el pensamiento, en su lástima para mí; esa tarde, sin embargo, el decir adiós a mi compañero, derramé mis primeras lágrimas de hombre. Tal vez, en cierto modo, porque asimismo despedía a mi adolescencia, es que lloré.

